

I. Una experiencia común a todo hombre es que *no somos por nosotros mismos*, que dependemos de los demás en nuestro origen y en el sostenimiento de nuestra vida. Una experiencia sólo negada por la soberbia ingenua o interesada de algunos.

Somos llamados a la existencia sin que lo pidamos, sin que lo merezcamos, simplemente *nos dan la vida*. Además, somos definidos con unas cualidades imposibles de crear en nosotros mismos sin que nos dirijan la palabra, la mirada y la historia que nos dan antes de que lo sepamos hacer nosotros. El lenguaje, el afecto, las habilidades culturalmente impresas en nuestra vida... ¿Cómo podríamos ser sin que nos dieran una vida que a la vez es posesión nuestra.

II. Esta experiencia deja entrever otra que nace de una mirada más honda: ¿Cómo es posible que los hombres demos aquello que no poseemos por nosotros mismos? ¿de dónde surge no sólo mi existencia, sino la nuestra, la de todos, la del mundo?. Estas preguntas han conducido al hombre de todos los tiempos a reconocer una Potencia de Vida que nos ha dado a luz y a la que ha llamado Dios.

La primera presencia de Dios está escondida en sus obras (Sal **8**; **19**, 2-7), y la reconoce quien percibe detrás de toda realidad un don, una gracia dada a la que nunca podría acceder por sí mismo y que debe respetar en sus leyes propias. Unas leyes que la hacen fecunda.

El hombre, de esta manera, confiesa a Dios como creador, origen originario y permanente de todo que ha definido la realidad con unas leyes marco que la sostienen y la hacen fecunda (lo que la tradición cristiana llama ley natural).

III. Pues bien, la experiencia cristiana confiesa que este poder de Dios es definido por una cualidad de más peso en él, su amor. Frente a la concepción griega donde los dioses viven en lucha y diversión permanente a través y a costa de los hombres, frente a las divinidades imperiales tiránicas y egoístas de tantas culturas, el cristianismo habla de un Dios que *crea para compartir su vida*, que se retira y deja espacio a la libertad del hombre, que se abaja para situarse en un diálogo de igual a igual con su criatura.

Somos fruto del amor, no de un destino ciego, de un azar sin sentimientos... Todo el movimiento del mundo tiene su origen en una decisión amorosa y voluntaria de Dios hacia nosotros (Ef **1**, 3-6).

IV. Este poder de amor define a Dios como contrapuesto a todo lo que anula al nombre y le degrada. El relato de la creación de Gn **1** muestra cómo Dios organiza los elementos de su creación para que no se hagan daño unos a otros, para que tengan su sitio y dejen un sitio habitable para el hombre.

Por eso creer en Dios-creador significa confiar en que el mundo y nuestra vida están marcados por un origen que nos buscaba y aceptaba de antemano. Por un poder de amor del que no puede separarnos ninguna desgracia o tragedia. Por una voluntad de vida que atraviesa las limitaciones y el desgaste de la vida con un dinamismo que nos conduce a una plenitud insospechada.

Quien vive en esta fe en Dios creador confía en que el mismo Dios que nos ha llamado a la existencia consumará su obra elevándola por encima de sus límites (2 Mac **7**). De esto son signos los diversos milagros sobre la naturaleza expuestos en la Escritura. Signos para la fe en medio del poder de la nada y de la muerte. Por eso, la fe en la creación desemboca casi naturalmente en la fe en la resurrección.

V. Esta fe en la creación se manifiesta en el creyente fundamentalmente a través de la acción de gracias a Dios por la vida recibida, por el mundo dado. Una acción de gracias que es en sí misma una confesión de fe.

VI. Por último, es importante recordar que este Dios creador no avasalla con su omnipotencia, con esa actitud tan típicamente humana que dice que es preferible hacer las cosas por uno mismo a mandarlas hacer y que refleja un poder que humilla y desconfía de los demás. El poder de Dios no aparece para manifestar nuestra dependencia de forma humillante. El hombre aparece en la tradición cristiana como aquel que ha sido creado para unirse al creador y colaborar en su obra. Es dignificado hasta el límite de ser responsable en nombre de Dios de toda la realidad. Recibe el aliento de Dios para alentar la creación, de tal manera que cuando ejerza su libertad de hijo de Dios la misma creación manifieste todo su esplendor, todo su destino de gloria (Rom **8**, 19-21)

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:

* ¿Crees que es común la experiencia de dependencia que se describe en el texto? ¿Piensas que hay más razones de las que se dan para que el hombre la niegue o la oculte?

Medita sobre todo lo que en tu vida es recibido, y da gracias.

* Muchas realidades son señales que nos hablan de algo distinto a sí mismas (una bandera, un apretón de manos...) ¿Qué realidades crees que podrían hablarnos o nos hablan en nuestra cultura de Dios como origen de nuestra vida? ¿Hay alguna especialmente importante para ti?

Puedes utilizar para meditar y rezar el *cántico a las criaturas* de San Francisco y descubrir cómo su sensibilidad humilde y agradecida le hizo disfrutar del mundo como don de Dios.

* A veces el poder de Dios ha aparecido como despótico e insensible también en nuestra cultura cristiana. ¿Crees que todavía la gente lo siente así? Piensa en ejemplos.

Pide a Dios que te ayude a desenmascarar el engaño que nos hace verle como nuestro enemigo y no como un padre acogedor o una madre llena de ternura. Puedes utilizar Os **11**, 1-9 ó Is **43**, 1-7.

* Muchos, cuando la desgracia cae sobre ellos, podrían pensar que Dios no debería haberles dado la existencia (¡no nos está permitido juzgar!). Un personaje de Dostoyevski decía: *Yo devuelvo el billete de un mundo donde los niños sufren.*

Medita las afirmaciones de la madre de los siete hermanos macabeos, especialmente los versículos 22-23 y 27-29, y pide a Dios una fe fuerte y resistente a todo mal y a toda desesperanza.

* ¿Crees que todo lo que Dios nos ha dado crea en nosotros una responsabilidad? ¿Cuál?

Lee Gn **1**, 27-28 ¿Qué crees que significan las palabras *someted la tierra, dominad sobre...*, después de ver cómo ejerce Dios su dominio. Puedes rezar el Salmo **8** para aprender a situar el poder que tenemos a la luz del agradecimiento.

3. Ésta es nuestra fe:

a. Dios onnipotente-Padre creador.

Alfarero del hombre, mano trabajadora
que, de los hondos limos iniciales,
convocas a los pájaros a la primera aurora,
al pasto a los primeros animales.
De mañana te busco hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, Vigor, Origen, Meta
de los sonoros ríos de la vida.
El árbol toma cuerpo y el agua melodía;
tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia del mundo a mediodía,
y estás de corazón en cada cosa.
No hay brisa si no alientas, monte si no estás dentro, ni
soledad en que no te hagas fuerte.
Todo es presencia y gracia. Vivir es este encuentro.
Tú por la luz, el hombre por la muerte.
¡Que se acabe el pecado! ¡Mira que es desdecirte
dejar tanta hermosura en tanta guerra!
Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte
de haberle dado un día las llaves de la tierra.

(J.L. Blanco Vega)